

FRAY FELIX DE AUGUSTA Y EL
DICCIONARIO ARAUCANO¹

Andrés Gallardo
Universidad de Concepción

Hace ya tiempo que la consulta del diccionario ha pasado a ser un acto casi mecánico para las personas con una cierta instrucción formal. Acudimos al diccionario para averiguar el significado de una palabra que no conocemos, para asegurarnos de que usamos adecuadamente una palabra de uso o sentido dudoso, para ver cómo se escribe correctamente determinada palabra. Llegamos, incluso a decretar que si una palabra no aparece en el diccionario, aunque la usemos todos los días, tal palabra 'no existe'. El diccionario y la gramática son los dos libros básicos donde hallamos codificado de modo explícito nuestro idioma en sus dos dimensiones más aparentes: el léxico -las palabras- y la gramática -la estructura básica de las frases-. Pero así como todos tenemos una idea, por vaga que pueda ser, acerca de los problemas y dificultades que implica la elaboración de una gramática, así como de los contenidos generales de una obra gramatical, pocas personas saben acerca de los problemas implicados en la elaboración de un diccionario y de la estructura interna de este tipo de libros, fuera, claro está, del hecho evidente de que el diccionario entrega las palabras -ordenadas por orden alfabético- con sus correspondientes significados. No está demás, pues, que iniciemos nuestra revisión de los diccionarios araucanos del Padre Félix de Augusta con algunas reflexiones acerca de la forma y función de los diccionarios en general, lo cual nos servirá para valorar adecuadamente este aspecto menos conocido de la obra del conocido misionero, gramático y lexicógrafo. (2)

La técnica de componer diccionarios se llama lexicografía y no debe confundirse con la lexicología, que es el estu-

dio del léxico, del vocabulario de la lengua. El lexicólogo es un teórico cuya finalidad es el conocimiento básicamente académico de la estructura del léxico; el lexicólogo es un especialista que, por lo general, se comunica con otros especialistas. El lexicógrafo, en cambio, parte de una concepción del léxico, pero su función es producir diccionarios, o sea, libros donde el léxico de la lengua se ordena y presenta de manera tal, que se hace fácil y expedito y rápido averiguar significados, usos, deletreos y, según los casos, pronunciaciones dudosas de las palabras. El lexicógrafo es un técnico que trabaja para el hombre culto corriente. Los problemas prácticos son para él más urgentes que los problemas teóricos.

La lexicografía es una disciplina reciente y, en todo caso, muy posterior al desarrollo de la gramática y, en general, de las disciplinas relacionadas con el lenguaje. En nuestra tradición, por ejemplo, la primera gramática de la lengua castellana, escrita por el maestro Antonio de Nebrija, es del año 1492, fines del siglo XV. La lengua castellana, sin embargo, llevaba ya sus buenos cinco siglos hablándose de modo reconocible. Pero si la primera gramática es de fines del siglo quince, el primer diccionario es apenas de comienzos del siglo dieciséis: el **Thesoro de la Lengua Castellana o Española** (publicado en 1611, más de un siglo después), del maestro Sebastián de Covarrubias.

¿Cuál será la razón de esta tardía aparición de los diccionarios? Es una pregunta compleja cuya respuesta es también compleja. En términos generales, se puede decir que para que aparezcan diccionarios se necesita una comunidad hablante que haya alcanzado un alto grado de desarrollo cultural, una capacidad de entender su lengua en una dimensión intelectualizada y concebirla como objeto de atención científica y técnica, una comunidad diversificada y numerosa. Se necesita también que la lengua misma haya alcanzado un importante grado de complejidad, al extremo de que ningún individuo pueda poseerla del todo. Una lengua así desarrollada en una comunidad tan urbanizada se llama una lengua estándar y se caracteriza porque puede servir en todo momento y a todo nivel y sin menoscabo todas las necesidades comunicativas de los hablantes, permitiéndoles no sólo comunicarse entre sí sino

recibir a través de ella información proveniente de todas las comunidades lingüísticas. Una lengua estandarizada es una lengua escrita, cultivada y estudiada por sus hablantes (3).

La organización explícita y sistemática en un diccionario del léxico de una lengua estandarizada es esencial. En este sentido, la función de un diccionario es muy similar a la función de un mapa: así como toda comunidad humana tiene una lengua y toda lengua tiene un vocabulario, toda sociedad vive en un determinado espacio y ese espacio tiene una serie de características topográficas. Mientras la sociedad es pequeña y poco diferenciada, basta con el conocimiento práctico tradicional del entorno geográfico, pero cuando esa sociedad se desarrolla y crece y aumentan las funciones sociales internas, crece la necesidad de intelectualizar y acotar de modo explícito el territorio y se desarrolla la cartografía, o sea, aparecen los mapas: un mapa es un instrumento para abarcar el espacio y, al presentarlo como objeto, someterlo a nuestro control intelectualizado. Ya no necesito recorrer punto por punto el ámbito de una ciudad grande y desconocida, no necesito tampoco ir preguntando a los nativos por cada lugar: me basta con un buen plano -un mapa detallado- para llegar a donde quiera y para saber dónde estoy. Esta comparación nos permite entender un aspecto importante del problema: así como un plano de Santiago no se confunde con la ciudad de Santiago, un diccionario de la lengua castellana no se confunde con la lengua castellana: es sólo un instrumento para ubicarnos en la lengua, para acceder a ella objetivamente.

La primera función del diccionario es, como hemos dicho, organizar de modo explícito el vocabulario, que ya de por sí, insistamos, tiene una organización implícita. El diccionario pone de manifiesto las unidades básicas de la lengua -las palabras, digamos- y se ve forzado a determinar cuáles entidades son palabras y cuáles no, pone de manifiesto las relaciones entre palabras y grupos de palabras: sinónimos, campos léxicos o familias de palabras, señala matices de significación y restricciones, al mismo tiempo que entrega información acerca de los usos que la comunidad ha desarrollado como ejemplares, como marginales o como vulgares o groseros. Notemos que un buen diccionario no

es autoridad léxica por sí mismo, sino sólo en cuanto recoge aquello que la comunidad misma considera ejemplar o vulgar.

Un diccionario contiene también, por lo general, una gran cantidad de información gramatical, referida, por ejemplo y según las lenguas, al régimen de los verbos o de las preposiciones, a las marcas formales de nombres y pronombres, a las restricciones en el uso de adjetivos y adverbios, al uso de palabras pertenecientes a las diferentes categorías gramaticales.

Pero los diccionarios no son sólo una ordenación técnicamente bien hecha del léxico y una juiciosa dosis de información gramatical; son también productos culturales, están insertos en la historia de la lengua y de la comunidad hablante. Desde este punto de vista, un diccionario, al igual que una gramática, significan un acto de toma de posesión de la lengua, una especial forma de manifestar lealtad y orgullo por la lengua que se tiene.

Un ejemplo concreto nos hará entender esto. A mediados del siglo XVIII, de todas las lenguas europeas la que había alcanzado el mayor grado de prestigio e influencia era el francés, hasta el extremo de herir el sentimiento nacionalista de otros grupos, como los ingleses. En este contexto aparece en Inglaterra, en 1755, el gran **Diccionario de la Lengua Inglesa** del Dr. Samuel Johnson, una verdadera obra maestra de erudición y gracia. El doctor Johnson leyó e hizo leer a sus colaboradores cuanto libro inglés pudieran hallar y luego escribieron y ordenaron fichas con citas de esos libros y el propio Johnson escribió y ordenó sus definiciones y puso en cada caso citas de esos escritores ingleses que ilustraban significados y usos y que, sobre todo, les demostraban a los propios ingleses (y a los franceses) que todo lo bueno y todo lo inteligente y todo lo hermoso había sido dicho en Inglaterra y en inglés. Ahora bien, no mucho después, en Estados Unidos, recién constituido en república independiente de Inglaterra, otro lexicógrafo, Mr. Noah Webster, se veía en la triste, según él, situación de tener una lengua, el inglés, que tenía carta legítima de ciudadanía en Inglaterra pero no en la joven república norteamericana.

Y entonces, Webster se propone conquistar el inglés como lengua de los norteamericanos, se propone crear raíces para el idioma inglés en suelo americano, y el instrumento que usa es el diccionario. Webster elabora un **Diccionario Americano de la Lengua Inglesa**, donde opone al espíritu tradicionalista y basado en la ejemplaridad de la literatura inglesa el espíritu práctico y de orientación tecnológica de los norteamericanos. Así halla sentido el hecho de que tanto Samuel Johnson como Noah Webster se dieran tanto trabajo en definir y codificar en sus respectivos diccionarios cosas que todos conocían y conocen, como por ejemplo la palabra 'luna'. Para Johnson, la luna es 'la cambiante luminaria de la noche, cantada por los poetas', lo cual justifica que su definición se complementa con dos sonetos enteros de Shakespeare, uno de Peacham y uno de Dryden: lo que importaba era incorporar la luna, y la palabra para mentar la luna, como parte de una continuidad cultural cifrada en inglés. Frente a ello, Noah Webster y la reciente tradición americana tenían poco que hacer: la luna ya había sido definitivamente mentada en Inglaterra. Por eso, Webster opta por otro camino, como fue incorporar el más reciente aporte cultural americano y que marcaría el desarrollo de la nueva nación, esto es, la ciencia y la tecnología. Así pues, para Webster la luna resulta ser 'el cuerpo celeste que gira alrededor de la tierra; un planeta secundario o satélite de la tierra, cuya luz prestada se refleja en la tierra y que sirve para disipar la oscuridad de la noche. Su distancia media de la tierra es de 60 1/2 semidiámetros de la tierra, ó 240.000 millas. Su revolución alrededor de la tierra, de 27 días, 7 horas y 43 minutos, constituye el mes lunar'. Un enfoque definitorio de este tipo, por cierto, no requiere de citas de poetas. Eso no es todo: para terminar de arraigar el léxico básico inglés en suelo americano, Webster inicia la costumbre, que persiste hasta el día de hoy, de incorporar información enciclopédica en el diccionario, tal como nombres de lugares y de personas y hechos notables. Los diccionarios europeos tradicionales no necesitaban incluir este tipo de información, pues palabras como 'luna' o 'casa' o 'pan' o 'madre' se sentían como nacidas en suelo patrio, propias, y bastaba con que el patrimonio de la literatura tradicional las hubiera mentado para legitimarlas (4).

Lo que llevamos dicho hasta el momento nos hace comprender que en un diccionario hay mucho más que una sistematización del léxico. Se trata de un producto cultural de lento desarrollo, de saber acumulado en muchas generaciones, de gran complejidad técnica y que presupone una comunidad hablante básicamente culta y letrada.

Nuestra descripción se ha centrado de modo especial en los diccionarios monolingües, o sea, aquellos diccionarios que dan cuenta del léxico de una lengua en esa misma lengua. Como consecuencia directa de la gran complejidad de las comunidades hablantes de idioma estandarizado, existen diversos tipos de diccionarios monolingües, fuera de los llamados diccionarios generales, tales como los diccionarios especializados de las diversas ciencias, técnicas y otras actividades, así como aquellos diccionarios que acotan sólo aspectos del léxico, como los diccionarios de sinónimos y antónimos, diccionarios de rimas y cosas por el estilo, hasta llegar a las enciclopedias, que aspiran idealmente a la poco modesta ilusión de cifrar todo el saber alguna vez mentado en alguna lengua a lo largo de todas sus generaciones de hablantes.

Pero junto a los diccionarios monolingües hay otro tipo de diccionarios que las condiciones de vida modernas han hecho útiles y aun indispensables: los diccionarios bilingües, que aspiran a servir de puentes entre dos sistemas léxicos. Hay día hasta las personas más ingenuas saben que los vocabularios de las lenguas no coinciden del todo, en el sentido de que no todo lo que se ha dicho en una lengua se ha dicho de modo similar en otra, que no todo lo que es relevante en una lengua lo es en otra. Pero sabemos también que la conciencia de un problema es ya un camino hacia su solución.

Ahora bien. Si el diccionario bilingüe se tiende como un puente entre dos lenguas que cuentan con buenos diccionarios monolingües, con buenas gramáticas y con abundante material escrito, o sea, si se trata de poner frente a frente dos lenguas estandarizadas, el problema se simplifica enormemente, sobre todo si entre las lenguas y las comunidades hablantes implicadas

hay una cierta homogeneidad histórica y cultural. Pero aun si las culturas son diferentes, siempre habrá modos objetivos de hacer explícitos los problemas de significado, de estructura gramatical o de connotaciones culturales. Siempre habrá información objetiva acerca de aspectos controvertidos o de aspectos divergentes de la cultura. El problema verdaderamente arduo aparece cuando el lexicógrafo, el autor de diccionarios, enfrenta una lengua estandarizada, que cuenta con tradición escrita, con gramáticas, con diccionarios, con literatura vigente, a una lengua no escrita, no codificada de modo explícito y que sólo vive en la vibración efímera de los enunciados de sus hablantes y cuya permanencia consiste sólo en ese modo de comportarse que llamamos cultura tradicional. Ahí el problema es diferente.

Llegamos así a entender el desafío que se le presentaba al Padre Félix de Augusta cuando concibió la idea de escribir un diccionario que sirviera de puente entre el mapuche o araucano, como él llamaba a esta lengua, y el castellano o español. Como el Padre Félix era hombre de acción más que de elucubración, el desafío se concretó en hechos el año 1916, cuando se publicaron los dos tomos del *Diccionario Araucano-español y Español-araucano* (Santiago, Imprenta Universitaria).

Hoy día la lexicografía, tanto monolingüe como bilingüe, ha experimentado grandes progresos. En su tiempo, el Padre Félix tuvo que ir solucionando la mayoría de los problemas sobre la marcha, guiado de su enorme criterio, de su sólido saber y de su admirable inteligencia. Examinar el proceso que lo llevó a dar buen término a su empresa lexicográfica es sin duda aleccionador e interesante.

El Padre Félix entiende con sorprendente claridad los problemas que presenta la confección de diccionarios bilingües que ponen en relación el léxico de una lengua estandarizada y el léxico de una lengua no estandarizada. Para comenzar, uno de los aspectos que su obra delimita con mucha precisión es el de la función de un diccionario bilingüe de este tipo.

En primer lugar, el *Diccionario Araucano* (así llamamos

al conjunto de los dos tomos Araucano-español y Español-araucano) se presenta como una obra práctica y no puramente académica. Los problemas teóricos se minimizan o se dejan en el terreno de lo consabido frente a la urgencia de dar las traducciones más adecuadas de las palabras mapuches en castellano y vice-versa. Dentro de esta línea, el Padre Félix se refirió en varias ocasiones al valor intelectual de su contemporáneo y compatriota el doctor Rodolfo Lenz, entendiendo que Lenz enfrentaba la lengua y la cultura mapuches como un desafío académico para una teoría lingüística y etnográfica y no como una urgencia inmediata. Justo es decir que Lenz, aunque también vio los problemas implicados en la descripción y análisis de la lengua mapuche, no escribió ningún diccionario ni ninguna gramática exhaustiva: sólo alcanza a hacer asedios parciales y a dejar colecciones, por cierto importantes, de textos. El Padre Félix escribió una gramática completa, un diccionario completo, colecciones coherentes de textos y un sinnúmero de trabajos de tipo misionero. Y todo lo hizo con gran coherencia técnica y teórica: el diccionario se liga a la gramática y ambos se ligan a datos concretos — a emisiones reales de hablantes mapuches— en parte recogidos en las *Lecturas Araucanas*, en parte en trabajo de campo ad hoc(5).

En consonancia con lo anterior, el *Diccionario Araucano* estipula con claridad su destinatario: "se trata de un libro funcional que sirva a los misioneros para poder hablar a los indígenas en un lenguaje correcto, bien inteligible para ellos". (p.IV).

Es, pues, una obra escrita desde la perspectiva hispano-cristiana pero centrada en la lengua mapuche. Y es natural que esto sea así, no sólo por el interés misionero: siendo el idioma castellano el estandarizado frente al mapuche no estandarizado, cualquier trabajo intelectual de erudición lingüística sólo tiene sentido en una perspectiva castellana, aunque sirva en último término a la comunidad hablante de mapuche. Naturalmente, son los hablantes de castellano los que pueden producir diccionarios y los que saben cómo usarlos. esta obra, entonces, sirve para poder entender en castellano lo que se diga en mapuche y para poder codificar en mapuche lo que se diga en castellano

y que pueda ser importante para el mapuche (6).

Siendo el **Diccionario Araucano** un trabajo práctico destinado a misioneros hispanohablantes, es también un diccionario de uso(7), un diccionario sincrónico que resuelve problemas concretos y no plantea problemas nuevos. Así, no importa el pasado de la lengua sino el uso contemporáneo, por mucho que el problema del cambio lingüístico sea un problema relevante desde cierta perspectiva teórica. Por eso, los datos de los vocabularios tradicionales existentes (P. Valdivia, 1621; A. Febrés, 1765; B. Havestadt, 1777) sólo importan si tienen vigencia para los hablantes mapuches de aquí y de ahora. En nombre de este principio, el **Diccionario Araucano** tampoco contempla etimologías, ni toponimias, ni onomástica, ni, en general, información enciclopédica, salvo, como se verá, cuando es relevante para entender ítemes que se refieren a elementos internos a la cultura mapuche. Los préstamos hispánicos en lengua mapuche se consignan como tales cuando son cristalinos (como en el caso de los ítemes *waka* 'vaca', *manshun* 'buey', *kawellu* 'caballo', etc., que llevan anotada su procedencia). Tan poco importa esto, que en la versión español-araucano del **Diccionario Araucano** el lexicógrafo se conforma con consignar 'idem' en la versión mapuche para dar el sentido de una palabra castellana (como en el caso de *ley* que lleva por toda explicación 'idem'). Para todos los efectos prácticos, entonces, ítemes como *waka*, *manshun*, *ley*, *yegua*, etc., son palabras mapuches porque se usan en mapuche y los mapuches no conocen otras palabras para decir esas cosas. Un lingüista interesado en la dinámica del contacto lingüístico y cultural tendría que estudiar los tipos de préstamos (en ambos sentidos) y sus condiciones de introducción y uso, así como los tipos de modificaciones fonológicas, gramaticales y semánticas ocurridos. (Ver, como ejemplo, los trabajos de Hernández, 1981 y Hernández-Ramos, 1978, así como el de Sepúlveda, 1976).

En el **Diccionario Araucano** la estructura propiamente lexicográfica de los artículos y definiciones o equivalencias se da en la misma línea práctica que venimos analizando. El primer problema concreto que tuvo que solucionar el Padre Félix era el de cómo seleccionar y presentar su material. Por ejemplo, siendo

el mapuche una lengua sin escritura, era necesario encontrar un modo útil de presentar gráficamente las palabras mapuches. Nuevamente, aquí primaron las consideraciones prácticas: el Padre Félix no desconoce que, de algún modo, existía una forma, ya tradicional entre los misioneros, para escribir enunciados mapuches y, cuando la fidelidad a los datos se lo permite, ése es el sistema que usa. Se mantiene así, guiado por su finalidad explícita, lejos de las dos posiciones extremas existentes: la transcripción rigurosamente fonética de un Lenz (eficiente pero sin realidad cultural para los usuarios postulados del diccionario) y la mera transliteración de base castellana, imposible para él de utilizar por no reflejar la realidad lingüística mapuche. Así, el Padre Félix no transforma el mapuche en lengua escrita pero, una vez más, ofrece un antecedente valioso para el desarrollo de este proceso: el sistema de escritura del Padre Félix parece ser un punto de partida bastante práctico para los ensayos actuales de escritura propiamente tal en mapuche, basado en teorías más sólidas del desarrollo de sistemas de escritura en lenguas vernáculas.

El segundo problema concreto que enfrenta el Padre Félix tiene que ver con la determinación de las unidades básicas que sirven de base a los artículos del diccionario. Desde fuera, se podría pensar que no hay tal problema: las unidades básicas son las palabras y no hay más. Pero aquí, por mucho que el Padre Félix quiera eludir las disposiciones teóricas, no puede dejar de reconocer que las palabras, concebidas al modo tradicional, son unidades engañosas: sólo siglos de tradición y una especial estructura léxico-gramatical permiten deslindar con nitidez, para fines prácticos, las palabras en una lengua como el castellano. En mapuche esto es imposible y en este punto el Padre Félix se muestra imisericorde: sus entradas léxicas mapuches presuponen un análisis léxico-semántico y gramatical que exige un lector atento y relativamente despierto y, sin duda, con una relativa formación lingüística: en cada ítem mapuche, se da un morfema base con sus formas derivacionales más importantes y abundante información gramatical, todo ello sumado a la información etnográfica, cuando procede. En el *Diccionario Araucano* nociones como 'transición' o 'régimen' son ineludibles, pues lo

exige la complejidad del sistema verbal mapuche. Así por ejemplo, con relación a los verbos transitivos, dado su sistema tan elaborado y tan diferente del sistema castellano, el Padre Félix se ve melancólicamente forzado a declarar:

nos permitimos recomendar a las personas que hayan de usar el diccionario, que se penetren bien de las reglas relativas a los verbos transitivos establecidas en nuestra gramática. (Pág.XI).

Digamos sólo que esta situación de extrema imbricación gramatical en la estructura léxica y de escasa identidad de la palabra (o cualquiera que sea la unidad léxica básica) parece ser típica de lenguas sin escritura y de baja intelectualización. Es evidente que no compete al lexicógrafo solucionar —ni aun plantear— este importante problema teórico, sino sólo salvar el escollo de modo expedito. Y esto es lo que hace, y bien, el Padre Félix: cada ítem de una de las lenguas implicadas en el diccionario contiene adecuada información en la otra lengua para saber de qué se trata.

Esto nos lleva a la dimensión cultural y a los contenidos del *Diccionario Araucano*.

Ya hemos hablado de la conciencia que tenía el Padre Félix de tratar con dos culturas de tradición y dinámica diferentes. Ya hemos dicho cómo, si bien la perspectiva es la del hispanohablante culto, el interés se centra en la cultura y lengua mapuches. Por eso, en el *Diccionario Araucano* importa consignar todo lo que existe en la cultura mapuche y, de la cultura y lengua hispano-cristiana, sólo interesa lo que importa y sea traducible desde el punto de vista mapuche. En palabras del propio Padre Félix:

... en el trato con los indígenas y más especialmente con nuestros intérpretes, hemos preguntado por cuanto hay en la naturaleza que los circunda y en sus casas y costumbres, y hasta hemos abordado cuestiones de ciencias humanas, dando las explicaciones del caso a

nuestros intérpretes, sondeando lo que saben ellos y lo que pueden entender, y cómo reproducen lo que han comprendido. (Pág.IV).

Así por ejemplo, un típico diccionario monolingüe castellano (o incluso un diccionario bilingüe, por ejemplo, castellano-inglés) llena más de una página definiendo y describiendo matices del ítem casa (por ejemplo, el significado y usos de 'casa consistorial', 'casa de citas', 'casa de empeño', 'casa de moneda', etc.). El Diccionario Araucano, por su parte, en su versión mapuche-castellano, se limita a glosar 'choza, casa, edificio' para dar a entender el valor del mapuche ruka. Pero agrega ciertas formas derivacionales importantes, como rukafe, que en ningún caso se traduce como 'arquitecto' o 'constructor', sino como 'hombre que sabe hacer casas', y consigna también formaciones mapuches importantes intraculturalmente, como ruka-konkelen 'vivir en casa de otro', o matices como rukalil 'cueva en una peña' o rukañma 'todos los habitantes de una casa, aunque no pertenezcan a la familia del dueño'. Ahora bien, en la versión castellano-mapuche del Diccionario, el ítem casa se glosa sólo como 'ruka': en la perspectiva mapuche, asumida por el lexicógrafo, no importan los tipos de casas hispánicas ni las derivaciones o restricciones de uso del término castellano. Así, el resto del artículo casa está dedicado, más bien, a consignar derivados mapuches de ruka y no de casa, tales como lliu ruka, añul ruka 'el encoliguado de la casa en que se amarra la paja para techar'. El Diccionario Araucano es, sin duda, un diccionario araucano. Las cosas, los elementos de la cultura mapuche cuentan más que las palabras.

Hemos visto también cómo la materia prima del Diccionario Araucano son datos concretos proporcionados por personas mapuches. El uso sistemático y respetuoso de informantes nativos, que el Padre Félix llamaba intérpretes y cuyos nombres se preocupa de consignar con respeto y cariño, es un rasgo importante del Diccionario Araucano. Los datos que los intérpretes proporcionan mandan, pues, ya se ha dicho, se trata de un diccionario sincrónico y de uso. Así por ejemplo, como en la cultura mapuche el contacto mapuche-chileno es un hecho establecido, esto se

tiene en cuenta también como dato básico. El trabajo del Padre Félix es trabajo de campo en el mejor sentido. El mismo nos ha dejado alguna muestra de su método. Siendo sus informantes, en general, poco versados en castellano,

con frecuencia hubimos de recurrir a ejemplos sencillos, que generalmente tomábamos de la vida de los indígenas, y no les preguntábamos precisamente por las palabras, sino más bien por la idea o proposición en conjunto. (Diccionario Araucano, pág. VIII).

De este afán por reflejar fielmente la cultura mapuche emanaron dos rasgos importantes del **Diccionario Araucano**. En primer lugar, mucho antes que los modernos dialectólogos, el Padre Félix se da cuenta de que la baja estandarización de la lengua mapuche se refleja, entre otras cosas, en una fragmentación dialectal importante. Pero también entiende que pretender dar cuenta en el diccionario de esta fragmentación dialectal es imposible y, lo que es más importante, funcionalmente innecesario:

No ha sido aspiración nuestra estudiar todos los dialectos porque para el fin principal de este Diccionario no era de importancia. Haciendo figurar en él todas las variantes dialécticas, poco serviría en la práctica. (Diccionario Araucano, pág. VI).

Y así el Padre Félix se conforma con dar información sobre los dialectos de Wapi, en el lago Budi, y de Panguipulli, por ser representativos y porque de ellos tiene datos sincrónicos concretos, o sea, evidencia empírica.

Pero hay algo más.

Fray Félix parece entender bien la dinámica del desarrollo lingüístico. Entiende que por encima de los dialectos mapuches hay una entidad más importante y que tiene realidad funcional: la lengua mapuche, el mapudungun, el habla de la tierra. La unidad de esta lengua se manifiesta en un suprasistema

lingüístico de notable consistencia y en un sistema generalizado de actitudes lingüísticas, que genera una forma de ejemplaridad idiomática que guía el uso en forma interna a la comunidad hablante. Esta ejemplaridad básica es la que el Padre Félix busca y la que quiere reflejar en su diccionario, del mismo modo como trató de reflejarla en su gramática. Ello se facilita porque descubre, entre los propios hablantes de mapuche, entre sus posibles informantes, algunos que los mismos hablantes consideran por algún motivo, ejemplares. Así reflexiona el Padre Félix:

De esto se desprende que no todo indígena es apto para servir de consultor en la indagación de su idioma, sino solamente aquellos que lo hablan con reconocida corrección, y nosotros podemos asegurar que nos hemos valido de personas competentes e idóneas para dicho fin. (Diccionario Araucano, pág. VII).

El método de recolección de datos es, de este modo, tan estricto y funcional como el análisis y presentación de los datos contenidos en el **Diccionario Araucano**.

Llegamos, así, al final de nuestro recorrido, necesariamente somero y parcial, por la obra lexicográfica del Padre Félix de Augusta.

El Padre Félix entendió los problemas que implica elaborar un diccionario bilingüe que tome un idioma estandarizado, de larga tradición escrita y de abundante actividad teórica centrada en la lengua misma, y un idioma vernacular, no escrito y no estudiado por sus propios hablantes. Y así, produjo una obra de notable valor teórico y de mayor valor práctico.

Sin duda, la lexicografía, y en particular la lexicografía bilingüe, ha avanzado mucho desde principios de siglo, de modo que se hace necesario un diccionario bilingüe mapuche-castellano renovado. Digamos sólo que la constancia y la inteligencia humanas, en cualquier tiempo, saben dar frutos maduros, válidos. Tanto la lengua castellana como la lengua mapuche han salido enriquecidas con la constancia y con la inteligencia del Padre

Félix de Augusta.

NOTAS:

1. Siendo el propósito de este trabajo ofrecer, evitando excesos teóricos o técnicos, una reflexión sobre la práctica lexicográfica bilingüe del Padre Félix José de Augusta (1860-1935), se ha mantenido en esta versión escrita el tono casi coloquial de la conferencia primitiva, destinada a un público más interesado en la obra del misionero y araucanista que en cuestiones lexicográficas. No en balde se trataba de una 'Jornada conmemorativa del 50 aniversario del fallecimiento de Fray Félix José de Augusta', organizada por el Centro de Investigaciones Sociales Regionales de la Pontificia Universidad Católica de Chile, sede Temuco.
2. La valoración de la obra misionera de Fray Félix de Augusta excede mi competencia. La calidad y trascendencia de su obra gramatical queda de manifiesto en la frecuencia con que los indigenistas contemporáneos remiten a ella, no como curiosidad histórica sino como fuente de datos válidos y de análisis coherente. Así, al decir de Salas (1980), 'en conjunto, la *Gramática Araucana* (del Padre Félix) es la mejor gramática completa del mapuche que se ha escrito hasta ahora' (pág. 26).
3. Una descripción detallada del proceso de estandarización se halla en Gallardo, 1978. Con relación al desarrollo planificado del proceso de estandarización del mapudungu como problema teórico, he presentado una reflexión en Gallardo (1984a) donde se revisan, además, algunos aspectos de la teoría misma del idioma estándar.
4. El problema de la ejemplaridad lingüística, o normatividad, del diccionario, no ha sido un problema que se haya planteado como relevante en nuestra tradición castellana. Tradicionalmente, la normatividad oficial se ha asociado más bien con la gramática.

Los diccionarios ingleses, en cambio, tienen el más alto

estatus normativo. Información detallada sobre el desarrollo de la lexicografía inglesa en relación con el proceso de estandarización del idioma inglés se puede hallar en mi libro sobre la estandarización del inglés norteamericano (Gallardo, 1984b), especialmente cap. III.

5. Ver Salas (1976) para la metodología de recolección de datos del Padre Félix como anticipación de las técnicas modernas de trabajo de campo.
6. Por cierto, este **Diccionario Araucano**, producto cultural castellano, será, cuando las circunstancias lo permitan, de gran ayuda en el proceso de estandarización de la lengua mapuche. De hecho, esto parece estar sucediendo, como lo muestran las publicaciones de los talleres de creación mapuche organizados en la Universidad Católica, sede Temuco y, según este modelo, en el Instituto Lingüístico de Verano. Ver, como ejemplo, **Pepeltuaiñ mapudungu meo** (Huisca et al, 1981) y **Feleitaiñ mapudunguael** (Cayuloo et al, 1983). Ambos libritos consisten en textos en mapuche producidos por mapuches en una perspectiva queridamente mapuche.
7. La noción de 'diccionario de uso' de una lengua no estandarizada ha sido desarrollada en forma teórica y práctica por Mathiot (1973?), quien adecuadamente concibe su diccionario Papago-inglés como dedicado primeramente a un hablante no nativo de papago, culto pero sin instrucción lingüística, que tiene relación con la cultura papago y quiere aprender bien esta lengua. Lo importante es que este trabajo presenta de modo explícito las bases teóricas que lo informan, sin que por ello se trate de una obra de orientación meramente académica. Las coincidencias del **Dictionary of Papago Usage**, con el **Diccionario Araucano** son notables.

- Cayulao, Eleuterio, et al.
1983. *Feleitaiñ mapudunguel*.
Temuco, Universidad de la Frontera e Instituto Lingüístico de Verano.
- Febrés, Andrés.
1975. *Gramática Araucana, o sea, arte de la lengua general de los indios de Chile*.
Lima. (Repr. por Juan M. Larsen, Buenos Aires, 1884).
- Gallardo, Andrés.
1978. Hacia una teoría del idioma estándar, en RLA. *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada*. Vol. 16, pp.85-119.
- 1984 a. La situación mapuche, problema de planificación lingüística, en *Cultura-Hambre-Sociedad*, Vol. 1, Nº 1, pp.151-188.
- 1984 b. *The Standardization of American English*.
Concepción, Editorial Universidad de Concepción.
- Havestadt, Bernardo.
1777. *Chilidúgú sive Tractatus Linguae Chilensis*.
Westfalia. (Ed. facsimilar por Hugo Platzman, Leipzig, 1983).
- Hernández, Arturo.
1981. Influencia del mapuche en el castellano, en *Documentos Lingüísticos*. (Universidad Austral de Chile), Nº 7, pp.34-44.
- Hernández, Arturo y Nelly Ramos.
1978. Rasgos del castellano hablado por escolares rurales mapuches, en RLA. *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada*, Vol. 16, pp.141-151.

Mathiot, Madeleine.

1973?. **A Dictionary of Pagago Usage.**

Indiana (USA), Indiana University Publications-Language
Science Monographs 8/1.

Salas, Adalberto.

1976. Fray Félix de Augusta y los estudios gramaticales
del mapuche, en Tom Dillehay, ed., **Estudios Antropológicos
sobre los mapuches de Chile Central.**

Temuco, Pontificia Universidad Católica de Chile, Sede
Temuco.

1980. La lingüística mapuche en Chile, en **RLA. Revista
de Lingüística Teórica y Aplicada.** Vol. 18, pp.23-57.

Sepúlveda, Gastón.

1976. Algunos aspectos de la fonología de los préstamos
del español al mapudungü, en Tom Dillehay, ed. **Estudios
Antropológicos sobre los mapuches de Chile Central,**
pp.41-68.

Valdivia, P. Luis de.

1606. **Arte, vocabulario y confesionario de la lengua de
Chile.**

Lima. (Ed. facsimilar por Julio Platzman, Leipzig,
1887).

ABSTRACT.

Fray Félix de Augusta y el Diccionario Araucano

The development of lexicography implies a highly standardized language situation. Bilingual lexicography poses even further problems, especially when one of the languages involved is a vernacular language, as in the case of Spanish and Mapuche. Félix de Augusta's Diccionario Araucano (Santiago de Chile, 1916) is a bilingual Spanish-Mapuche and Mapuche-Spanish dictionary which, in spite of its date of publication strikes the modern reader as a sound lexicographic work. The Diccionario Araucano is a Spanish-organized but Mapuche-oriented dictionary: the posited user is a Spanish-speaking reader, but the language and culture that matter are mapuche. Many modern technical features of bilingual lexicography were foreseen -and solved- by Father Félix de Augusta.